

EXISTENCIALISMO VERSUS MODERNIDAD

POR WALDEN FERNANDEZ LOBO

2ª parte. El mundo actual desde la perspectiva existencialista.

Como ya se ha comentado en la 1ª parte, el existencialismo estuvo de moda hasta los años 60 del siglo pasado. Cuando se produjeron las revueltas de mayo del 68, Sartre, que en ese momento contaba con 63 años, intentó participar en los debates que se originaron por este motivo. Pero los jóvenes rebeldes lo consideraron ya anticuado y que no tenía ningún mensaje interesante que transmitir para sus reivindicaciones. Consignas como "prohibido prohibir" o "la imaginación al poder" eran ajenas al existencialismo. Este ya no estaba de moda.

Sin embargo, nos podemos preguntar si el existencialismo tiene todavía algún mensaje que transmitir a nuestro mundo actual. Cuando hablábamos de Camus, nos cuestionamos una observación que realizó sobre los tiempos mediocres que le había tocado vivir. Si levantara la cabeza desde su tumba y se pudiera dar un paseo por nuestras ciudades, nos podríamos preguntar qué mundo le parecería más mediocre, el suyo o el actual. Vamos a considerar ahora algunos de los aspectos de nuestro mundo actual para ver su grado de mediocridad, si es que se merece o no este apelativo.

1. Las generaciones se siguen ignorando entre sí. Esta no es una característica propia del mundo actual. Viene siendo algo que se repite desde hace muchos siglos. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX Thoreau comentó que cada generación abandonaba los proyectos de los que la han precedido como si de barcos encallados se tratase.

Lo que sucede actualmente es que esta brecha entre las generaciones se ha agrandado todavía más. El ensayo que hemos comentado de Unamuno comienza con una cita en latín. Esta era una forma de pagar cierto tributo a los antiguos y así lo hizo Unamuno, por entender que nos aprovechamos de las cosas que ellos inventaron. Durante el intervalo de tiempo en que presidió el Consejo de ministros, el general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja tenía la costumbre de redactar un parte al final del día, resumiendo lo que había hecho a lo largo de esa jornada. Cuentan que, en una ocasión, ante la importancia de lo que estaba escribiendo, dejó una nota para su asistente en la que decía: "insertar aquí una cita en latín". Claro, era contemporáneo de Unamuno y los dos bebían de la misma cultura. Pero hoy parece que ya se ha dejado de pagar este tributo a la antigüedad; estamos más centrados en realizar nuevos inventos, creyendo que ahí está nuestra salvación.

2. Se nos sigue valorando más por lo que tenemos que por lo que somos. Tampoco es esta una característica exclusiva de nuestro mundo actual, sino que la cosa viene ya desde hace tiempo inmemorial y no parece que la situación vaya a cambiar. Todavía recuerdo cuando trabajaba en una empresa de ingeniería a las órdenes del responsable de exportación de esta, al cual un día, mientras hablaba de las comisiones o mordidas para comprar voluntades a la hora de conseguir contratos, le oí decir algo así como que allí todo el mundo tenía un precio y el que no se dejaba comprar era porque no valía nada.

3. La terciarización de la economía se ha traducido al final en una pérdida de relevancia del factor trabajo. Esto es el resultado de la sustitución de la mano de obra por máquinas o robots. En el caso de los trabajos duros o repetitivos puede tener su lado positivo. Sin embargo, a la larga esa eliminación de excedentes de mano de obra de los dos primeros sectores productivos ha tenido como resultado la pérdida de relevancia del factor trabajo en estos dos sectores y la necesidad de incorporar los excedentes de mano de obra al sector servicios. Pero una parte cada vez más creciente de los puestos de trabajo en ese sector no son tan útiles para la sociedad como lo pueden ser los agricultores, los albañiles o los sastres. Es más, últimamente están apareciendo profesiones en el sector servicios, como la de "influencer", por poner un ejemplo, de las que la sociedad podría prescindir sin mayores inconvenientes.

Karl Marx utilizó el concepto de alienación para describir el proceso por el cual los proletarios se sienten separados del producto de su trabajo. Al menos estos tenían la ventaja de poder ver el producto del que estaban alienados. Pero en el sector servicios de nuestra economía, donde todo está tan especializado, los trabajadores están todavía más alienados, puesto que apenas pueden ver el producto de su trabajo y su esfuerzo. Al "influencer" le debe resultar muy difícil el saber qué parte alícuota de la mente humana ha podido influir, si es que a algo ha llegado.

Todo esto redundaría en la irrelevancia del trabajo como factor productivo. Pero ¿cuáles son aquellos trabajos que cada vez escasean más en nuestra sociedad, pero que aportarían satisfacción a quienes pudieran realizarlos? Los trabajos creativos en contacto directo con la materia. Y estos cada vez son más escasos.

Camus sentía verdadero pánico por las criaturas humanas que deambulaban sin rumbo por las calles de las grandes ciudades. Un poco más arriba nos hemos preguntado qué pensaría si se asomara hoy a nuestro mundo y viera los cientos de miles de trabajadores que se dirigen cada día hacia unos trabajos sin ilusión. El mandato bíblico dice que "ganarás el pan con el sudor de tu frente". Parece que, para evitarnos este sudor, nos hemos privado de muchos puestos de trabajo creativos que nos hubieran aportado la ilusión de sentir que somos útiles a los demás. La división y especialización del trabajo debería tener un límite.

4. Mención especial merece en nuestra sociedad actual el parecer frente al ser, como uno de los límites de éste. No se trata únicamente de ver cómo los sectores de la cosmética y de la cirugía estética se han desarrollado tanto en las últimas décadas, intentando así dar satisfacción a las demandas de quienes desean parecer lo que no son. Tampoco la industria de la confección femenina se ha quedado atrás, aunque la reducción de algunas prendas a su mínima expresión puede llegar a la desaparición de estas. Resulta sorprendente la docilidad con la que muchas mujeres se someten al dictado - o incluso dictadura- de la moda, aceptando, por ejemplo, vestirse con unos pantalones rotos. Tampoco nos sorprenden menos esas muchachas quinceañeras que deben necesitar media hora para entrar dentro de esos pantalones cortos tan ajustados, que están a punto de reventar. O en algunos de los telediarios que vemos, las presentadoras del parte meteorológico hacen de su presentación un desfile de modelos, cuando supuestamente los espectadores solo esperan recibir la información meteorológica. Estos son solo algunos ejemplos, pero la pregunta es siempre la misma: ¿a qué o quién desean parecerse?; ¿por qué huyen de esta forma de sí mismas?

Lo que parece no es y lo que es no parece. En este caso es de aplicación lo que decía Aristóteles de que "in medio virtus" (la virtud está en el medio). Es cierto que los occidentales nos horrorizamos de ver a mujeres vestidas con el *burka* o el *niqab*, pero tampoco es menos cierto que cuando los musulmanes de países integristas se pasean por nuestras ciudades les sucede lo mismo, si bien por

motivos diferentes. En este caso, aplicando lo que dijo Aristóteles, se podría encontrar un punto medio entre el *burka* y el bikini. Esta sería la única forma de que la tan cacareada y hasta ahora imposible "alianza de las civilizaciones" tuviera alguna posibilidad de ser una realidad.

5. Falta de valores. Nuestra sociedad actual es una sociedad vacía, sin valores. En el ensayo de Unamuno que hemos comentado, este dice que "la filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción". Un poco más adelante cuenta que "un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige Cielo y Tierra. Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: "Entonces, ¿para qué Dios?"". Es decir, que la filosofía nos puede permitir que tengamos una escala de valores, pero inevitablemente nos surge la pregunta sobre el valor último, Dios, y si se puede vincular esto con la inmortalidad del alma. Puesto que, como vuelve a decir un poco más adelante, preguntándose "¿quién soy yo?", Unamuno nos remite a Obermann para contestar: "Para el Universo, nada; para mí, todo".

Unamuno era creyente, pero Camus no lo era y en *El mito de Sísifo* analiza el absurdo de la vida para tratar de encontrarle un sentido. Como ya se ha comentado, Sísifo recibe una pena eterna por parte de los dioses, pero Camus dice que no tenemos por qué imaginárnoslo como un ser miserable, pues sabe que nada tiene sentido y al disfrutar de lo absurdo de su condición, se rebela contra ello y lo sobrepasa. Unamuno y Camus: un creyente y un agnóstico ¹que supieron encontrarle, cada uno desde su perspectiva, su sentido a la existencia humana.

6. Efectos del desarrollo tecnológico sobre nuestra sociedad.

Existe un consenso generalizado en que el desarrollo tecnológico es beneficioso para la sociedad. No cabe duda de que tiene una serie de aspectos positivos. Sin embargo, ello no quiere decir que cualquier avance tecnológico sea necesariamente beneficioso. En algunos casos puede suceder que las ventajas no lleguen a superar a los inconvenientes.

Tomemos el caso de las tecnologías de la información y la comunicación. De ellas se puede decir lo mismo que se dijo de la televisión cuando apareció por primera vez: ¿cómo era el mundo antes de que llegara ésta?; ¿cómo podía la gente pasarse sin ella? Pasándolo a la actualidad: ¿qué hacíamos antes de que existieran Internet o las redes sociales? La respuesta para los que hemos conocido un mundo sin esos medios es la misma: no los echábamos en falta por la sencilla razón de que nadie añora lo que no conoce. La pregunta se formula *a posteriori*, una vez que ya están ahí. Existe actualmente una dependencia, que podríamos tildar de patológica, de Internet y las redes sociales. La generalización del uso de los teléfonos móviles inteligentes ha contribuido a generar esta dependencia colectiva. La imagen de ver a la gente deambulando por la calle al tiempo que va mirando el móvil; o de esos grupos de jóvenes que se reúnen supuestamente para relacionarse, pero que aparecen todos mirando el móvil, pero sin hablarse, es ya muy común. Esta costumbre de mirar el móvil por la calle ha tenido en ocasiones consecuencias trágicas, cuando alguien se ha aislado tanto del mundo exterior, que ni siquiera se ha percatado de que estaba cruzando un paso a nivel y fue arrollada por el tren.

Hace un poco hablábamos de una dependencia patológica de Internet y las redes. La droga es la información. Sí, es bueno estar informado y recibir una información veraz. Pero hasta Umberto Eco, que falleció hace ya cinco años, hablaba de la avalancha de datos que nos proporciona Internet y de cómo habíamos pasado bruscamente a una sociedad con unos 200 millones de autores, una gran

¹En cierta ocasión leí que un agnóstico era un ateo que no se atrevía a reconocer que era eso.

parte de los cuales no tiene nada realmente interesante que contarnos. El problema es más bien cómo la información llega hasta nosotros.

Otra imagen a la que ya nos hemos acostumbrado todos es la de ver a la gente que, cuando se sube a un autobús o un tren y se sienta en su sitio, una de las cosas que con mayor frecuencia hace es coger el móvil, si es que no lleva un libro o un periódico. Su mente, que estaba siendo ocupada por los acontecimientos que se sucedían a su alrededor, de pronto se encuentra en calma y automáticamente busca un escape: la información. Lo mismo le sucede a la joven generación, que cuando se despierta por la mañana, en lugar de dar gracias a quien tenga que dárselas por seguir existiendo entre los seres vivos, lo primero que se pregunta es: ¿qué hay de nuevo en YouTube? Pero veamos cómo nos llega la información a través de Internet: en una avalancha de datos a gran velocidad que nos puede producir una saturación semejante a la que experimenta el que se sienta a comer ante un buffet con 50 platos. Y es que Internet está afectando nuestra manera de pensar e incluso de ser.

Otro fenómeno que se observa en las redes es que la gente se comporta de una manera diferente a como lo hace en el mundo real. En las redes se dispone de una pantalla que puede ocultar aquellos rasgos de nuestra personalidad que no deseamos mostrar. Por ello ese mundo no es real y, además, ante semejante avalancha de datos que circulan a tan alta velocidad y ante la posibilidad de poder conectarnos con nuestros familiares y amigos a la velocidad de un solo *click*, independientemente de donde se encuentren, ese mundo irreal en el que nos encontramos es irreal en cuanto que no está condicionado por el tiempo ni el espacio. De esta forma podemos llevar una existencia dual: la primera, la del mundo real; y la segunda, la de un mundo irreal donde no existe el tiempo ni el espacio.

Todavía no se ha estudiado cómo afecta a nuestras mentes el estar moviéndonos del mundo real a ese otro mundo virtual sin espacio ni tiempo. Es algo así como pasar de estar sometidos a la ley de la gravedad, a un estado de ingravidez, como el que experimentan los astronautas que se encuentran en órbita. Cuando nos encontramos sujetos a la ley de la gravedad (casi siempre), nos orientamos gracias a unos depósitos cálcicos llamados otolitos, que se encuentran en el humor que llena los canales semicirculares del oído interno. Pero cuando nos encontramos en estado de ingravidez, como los astronautas, esta función se ve alterada y se produce una sensación de vértigo. Por este motivo los astronautas reciben una preparación física y mental que es acaso la más estricta del mundo, para adaptar sus cuerpos a las alteraciones que produce el estado de ingravidez, y además realizan unas cuarentenas tras los viajes al espacio exterior que dejan en ridículo a las cuarentenas que realizan actualmente los que han estado en contacto con el virus del COVID-19.

Sin embargo, nosotros, cuando nos encontramos viajando en un autobús o un vagón de metro que va abarrotado durante la hora punta y vamos mirando nuestro móvil, podemos realizar varios viajes desde el mundo virtual al mundo real, por ejemplo, cuando le decimos a nuestro vecino que deje de empujarnos o darnos codazos, y nuevamente volvemos al mundo virtual de nuestro móvil. Naturalmente que no realizamos ninguna cuarentena tras estos viajes instantáneos de un mundo a otro. Pero esto de alguna forma afecta a nuestra mente, puesto que sus otolitos necesitan restablecer su función, pero no le damos el tiempo necesario para hacerlo. Y en todo caso ese mundo virtual sin tiempo ni espacio no es real e inevitablemente nos aleja de lo que es.

La pregunta sobre si el mundo que percibimos con nuestros sentidos es real ya viene como mínimo desde los antiguos griegos. En su obra *República*, Platón describe el mito de la caverna como una alegoría de la realidad de nuestro conocimiento. En ella Glaucón, hermano de Platón, actúa como

interlocutor de Sócrates en un diálogo donde el maestro habla sobre cómo el conocimiento y la educación afectan a los individuos y a la sociedad en general, asunto que, como vamos a ver, ya interesaba a los estudiosos desde hace siglos (la obra data del año 380 a. de C.). En el diálogo Sócrates le pide a Glaucón que se imagine a un grupo de prisioneros que se encuentran encadenados desde la infancia detrás de un muro, dentro de una caverna. No pueden ver lo que sucede fuera de esta, pero sí pueden ver las sombras proyectadas hacia el fondo de la caverna gracias a un fuego desde el exterior, por personas u objetos que sobresalen por encima del muro. Suponemos que la mayor parte de nuestros lectores ha visto alguna representación gráfica de este mito en algún libro o manual de filosofía, que equivale a un proyector que lanza las imágenes sobre una pantalla. Sócrates dice que los prisioneros creen que lo que ellos ven es el mundo real, pero no se dan cuenta de que solo son las sombras de los objetos proyectados por el fuego.

El mundo que podemos ver en Internet y en las redes no es un mundo real, sino que también es un mundo imaginario como el que ven los prisioneros en el mito de la caverna. Y si nuestra visión del mundo no es real, podemos ser manipulados muy fácilmente por toda una serie de individuos interesados en que no veamos el mundo real, sino la versión de este que a ellos les interese. En definitiva, el olvido del Ser nos convierte en presas fáciles para los manipuladores de la realidad. Y en eso se ha convertido nuestro mundo actual: en un mundo de apariencias e instantáneas. ¿Qué quieren que les digamos? Internet y las redes sociales son el mito de la caverna en versión moderna y "aggiornata".

*

*

*

A lo largo de toda esta exposición hemos podido hacernos una idea de lo que fue el movimiento existencialista a través de sus principales proponentes. El hecho de que una buena parte de ellos tuviera que soportar dos guerras mundiales los llevó a tener que preguntarse seriamente por el sentido de la existencia humana individual, a la que tildaron de absurda y caduca; no obstante, pudieron obtener conclusiones interesantes sobre el sentido de la vida.

Sin embargo, las generaciones posteriores a la segunda guerra mundial se han ido acomodando a una vida muelle, sustentada por la tecnología y drogada por la información. Este proceso ha ido además acompañado por una pérdida de valores. Pero negros nubarrones, que no presagian nada bueno, se dibujan en el horizonte. He aquí algunos:

- La rivalidad entre Estados Unidos y China se va agrandando últimamente, cuando el primero dista mucho de contar con el mejor de sus presidentes posibles. (La historia nos dice que siempre que un imperio ha intentado sobrepasar a otro imperio, el conflicto se ha resuelto casi siempre por la vía de las armas).
- La debacle de Afganistán, además de pillarnos desprevenidos, es un signo más de la decadencia de occidente. (El islam, además de una religión, es un proyecto político que pretende crear un gran califato a nivel mundial).
- La pandemia del COVID-19 dista todavía de estar superada y clarificada. (Cada vez son más los que creen en la teoría de la conspiración).

En cualquier caso, el futuro aparece cada vez más incierto y la posibilidad de que se avecinen graves acontecimientos que nos puedan obligar a hacerles frente con todas nuestras fuerzas es cada vez mayor. Sin embargo, la joven generación actual, que ignora a las que la han precedido, que cada vez intenta más parecer lo que no es, que en gran parte desconoce lo que significa ganarse el pan con el sudor de nuestra frente, que anda muy escasa de auténticos valores y que vive en un mundo irreal saturado de informaciones de todo tipo, (la generación actual) no parece que esté adecuadamente

preparada para hacer frente a los acontecimientos extraordinarios que se avecinan. Y nada parece presagiar que vaya a escuchar a las generaciones precedentes, no digamos ya a los filósofos existencialistas, que le debe parecer que son unos anticuados, ensimismada como está con sus teléfonos móviles, como si Google fuese el oráculo que le va a proporcionar la respuesta apropiada a sus dudas sobre el futuro que le espera. Pero acaso se parece más a los prisioneros encadenados del mito de la caverna de Platón.